

# CRISIS

Sergio Verastegui

*Cactus de verdad y cactus de mentira*

3 de marzo 2023

La obra de Sergio Verastegui proviene de la cantera contemporánea del fragmento y su discontinuidad, como acercamiento y como forma de conocimiento y de observación. Imaginemos que el sentido ha estallado en pedazos y que el fragmento tiene una poética propia que se resuelve en un procedimiento de pistas que alguien podría ir siguiendo como una manera de reconstruir un todo extraviado. Pero ese todo además de extraviado es un sentido oculto –y en verdad a estas alturas, probablemente es un todo olvidado. Quizás es esto último lo que realmente complica la tarea de una reconstrucción del sentido así fragmentado, no sólo para el espectador, sino también (o sobre todo) para el artista, que aquí prefiere doblar la apuesta al elegir intuitivamente hacerse (más) críptico. Críptico, es decir: optar por el perfil oculto y enigmático de las cosas, de todo aquello que rodea al fragmento, de todo aquello que vuelve opaca la totalidad a la que alude el fragmento.

Como parte de cierta ritualidad propia de su acercamiento, Verastegui además ha cedido la fragmentación a la escritura de cinco textos poéticos, que ha denominado huaynos. Cinco lamentos líricos, fragmentados y aullados a la manera de un blues, aunque son en verdad muy andinos y en cierto modo profundizan y enriquecen el enigma. Son textos que operan en la reverberación circular y la reiteración de ciertas imágenes: el supermercado –¿o acaso es el mercado, con su supuesta mano invisible? –, los cactus verdaderos y los cactus que no lo son, y cierta fatalidad histórica que oscila entre esos extremos, entre éticos y estéticos, entre morales y políticos, directa o indirectamente sentimentales.

A estos textos se les ha objetualizado al adaptárseles unos espejos retrovisores, en lo que parecería una estética de carretera, pero que en realidad es un guiño al reflejo, a la reflexión y a la autocontemplación absorta y en loop de una intimidad en búsqueda de una reintegración, mientras a la vez, por cierto, se cuida las espaldas. ¿Pero una reintegración a qué? A algo que en principio parece inalcanzable, como la propia reconstitución de ese todo al que alguna vez perteneció el artista ya emigrado.

La obra puede flotar en los muros o reptar por los suelos en búsqueda de su soporte material, su plano y su horizonte inalcanzable.

Los espacios que deja esa fragmentación son los tiempos muertos o las pausas necesarias de silencio que le dan el sentido finalmente a ese todo inalcanzable y desintegrado, y que por inalcanzable es justamente el garante del enigma y del secreto, de los profundos silencios que finalmente arman la totalidad de la obra de Verastegui. Una totalidad especulada, que se mira a su vez en los espejos y que por ellos hubo de pasar a la palabra y a su propia discontinuidad, pero que en su enigmática ritualidad hecha de fragmentos procede y aspira al equilibrio y al renacimiento. La pausa evidente de la que todo –en la obra de Sergio Verastegui–, puede llegar a resurgir y a reintegrarse de manera utópica, por igual quebrada quizás, pero constante.

-- Rodrigo Quijano